



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas

(Enrique Gaspar.)



—Mi sátira briosa y acerada
asusta en el teatro á más de cuatro;
mas yo tengo un sistema en el teatro:
¡O el triunfo grande, indiscutible, ó nada!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Nadie, por Luis de Anso-
rena.—Palique, por *Clarín*.—Plutarquillo, por Vital Aza.—Datos alar-
mantes, por Juan Pérez Zúñiga.—Menudencias, por Enrique Nubial y
Lino Germán.—Miniatura, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—
Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas: Enrique Gaspar.—Plutarquillo (siete viñetas).—
Un filántropo.—La epidemia reinante, por Cilla.



La gente anda por ahí con las narices coloradas como salmone-
tes y las manos metidas en los bolsillos.

Hace un frío horrible y nadie habla más que de la atmósfera húmeda, después de haber pasado quince días diciendo que nos íbamos á secar por fuera.

—¿Ha visto usted qué tiempo?

—dice uno sepultando la faz en los pliegues del embozo.

—Insoportable—contesta el interpelado.—En casa no podemos parar porque vivimos cara al Norte. Esta mañana se nos heló la bandolina.

—Dicen que hay por ahí mucho catarro.

—Sí, y pulmonías dobles y triples.

—¡Qué atrocidad!

—Este es un año cruel.

—Sí; dicen que se ha alejado de nosotros un planeta. No recuerdo si Saturno ó Belladona.

—Algo debe ocurrir por allá arriba.

—Lo que sé decirle á usted es que el termómetro de Bonilla acusaba esta mañana diez y seis grados bajo cero.

—¿Á la sombra?

—Sí, señor; á la sombra de todos los que vamos al establecimiento.

—¿Y á qué van ustedes allí?

—Á enterarnos de la temperatura y á dar *tabarras* al óptico.

*
* *

Ello es que tenemos mucho frío y que las personas débiles andan por casa de riguroso felpudo.

Hay quien se envuelve en una manta y coloca ambos pies encima de un puchero lleno de agua caliente, y hay señora de constitución enfermiza que se pone un gabán de su esposo mientras hace las camas. Después introduce las piernas en los pantalones del cabeza de familia y espera que éste regrese de la oficina para decirle:

—Aniceto, yo estoy rígida.

—Bueno, pues arrópate.

—Mira cómo tengo las manos; parecen dos besugos.

—¡Si tuvieras que estar en la oficina! ¡Allí sí que nos chupamos los dedos! Con decirte que Pulpejo, el escribiente, por poco se nos hiela, y tuvimos que acostarle en la cama del director general.

—Pero ¿tenéis camas en la oficina?

—Tiene una el director, por si quiere dormir la siesta.

—¡Ay, Aniceto! ¡Sabe Dios lo que haréis allí vosotros los empleados!

—Puedo asegurarte que con este frío no está uno para nada. ¿Te acuerdas de Pérez el calavera?

—¿Tu compañero de negociado?

—El mismo. Pues si le ves ahora no le conoces. Ya no se tñe el bigote, ni persigue á las niñas, ni huele á almizcle. Desde que comenzó el frío está embozado en su capa, sentado en un rincón de la oficina.

—¡Pobrecillo!

*
* *

Da lástima ver á los dependientes de las tiendas de ultramarinos: van á cortar el bacalao, ó á medir el aceite, ó á envolver un cuarterón de carne de membrillo, y en vez de manos se encuentran con dos manojos de acelgas que no les sirven para nada.

En veinticuatro horas se le han formado á Casimiro, el mancebo de la droguería, cinco sabañones horribles y el hombre le dice á su principal con acento de profunda amargura:

—¿Qué hago yo con estos dedos?

—Haz ejercicio.

Entonces el muchacho toma carrera desde el mostrador y se lanza contra la estantería de la trastienda, agitando los brazos en todas direcciones para ver si provoca la reacción y puede seguir entregándose á las tareas propias de su cargo. Pero todo es inútil, pues los sabañones siguen su curso y mañana á estas horas tendrá en cada falange un matadero clandestino ó un depósito de carne municipal barata.

Donde únicamente se pueden contrarrestar los efectos del frío es en casa de D.^a Gertrudis. Allí se reúnen todas las noches unos chicos muy guapos, que están de huéspedes en el segundo y bajan á jugar á la lotería de cartones alrededor de la camilla.

Además de la chica de la casa, que se intitula Aurora y es bastante poetisa, aunque picada de viruelas, acuden á las reuniones otras jóvenes de la vecindad dispuestas á admitir los galanteos de los chicos.

—¡Uy! ¡Qué noche tan cruda!—dice Aurora, arrebujándose en una toquilla color de rata vieja.

—Hace una noche cruel—añade uno de los chicos, clavando sus dulces ojos en la poetisa.

Y sus pies se juntan debajo de la camilla, entablando una conversación muda, pero amorosa.

Ni Aurora ni su enamorado doncel fijan la atención en los números que van saliendo de la bolsa. Ellos se aman y esto es bastante para su felicidad.

Allí nadie siente los rigores de la temperatura y la alegría se refleja en todos los semblantes; pero de pronto comienza á dejarse sentir cierto olorillo á cordobán tostado.

—Huele á aceite frito—dice uno.

—No; más bien parece que se está quemando un sombrero hongo—añade otro.

En aquel momento la mamá de Aurora lanza un grito y huye asustada hacia la cocina. Ya allí, sumerge un pie en un barreño y todos retroceden asustados.

—¿Qué ha sido?—pregunta con ansiedad su futuro yerno.

—Nada—dice ella, como si volviese de un profundo letargo,—que había metido un pie en el brasero y se me ha incendiado una zapatilla.

El frío está dando lugar á serios disgustos.

Arrópanse ustedes, por si acaso.

Luis Taboada.

★
Nadie.

Oiga usted, señor duque, y no se extrañe de que yo le hable á usted de esta manera: es un atrevimiento; estoy conforme, pero no puedo contener la lengua. Está usted acostumbrado á que la gente doble ante sus caprichos la cabeza, y, sin pensar si es justo ó si es injusto, responda «amén» á lo que usted ordena. Si se halló alguna vez frente á un obstáculo que su afán de placeres contuviera le supo usted vencer... No como vence el hombre de verdad, que sólo cuenta con los músculos recios de sus brazos ó el vigor de la paz de su conciencia: le venció usted sin lucha, á golpe de oro... ¡el único poder con que usted cuenta! Mas, como usted con él consiguió siempre echarlo todo á su placer por tierra, se ha creído invencible... y, señor duque, vive usted en un error... y ahí va la prueba. Yo soy... Calcule usted... fui desde el vientre de mi madre á la Inclusa... ¡Una pavesa del fuego de un amor, que al extinguirse un ser humano como rastro deja,

y que flota en la vida á un lado y otro según las tempestades que la llevan! Viví como Dios quiso... y Dios dispuso que fuese un poco ruda mi existencia, y me costase el pan de cada día horas terribles de feroz faena. Sufri frío, calor, cansancio y hambre... ¡en fin, que trabajé como una bestia para comer un poco de bazofia y beber una copa en la taberna! Vamos... que no soy nadie, señor duque, mas tolero con gusto mi miseria, porque otra pobre como yo ha querido, por propia voluntad, unirse á ella; y, aunque pasamos hambre muchas veces, como ella, al parecer, está contenta, yo no me desespero y sólo pido que no cambie jamás, y que me quiera. Y estoy dispuesto á que si algun villano, por parecerle apetitosa y buena para un rato de broma y de jolgorio, me la quiere robar... ¡Pues si lo intenta!... Oiga usted, señor duque, y no lo olvide, que tal vez recordarlo le interesa... El hijo del azar.. el que no es nadie por carecer de nombre y de riquezas, posee un corazón que no se asusta, y encima de él y entre la faja lleva un puñal de Albacete.. que empuñado por una mano vengativa y recia... ¡verá si es roja ó si es azul la sangre que lleva un aristócrata en las venas!

Luis de Ansorena.

PALIQUE

¿Se acuerdan ustedes de aquel joven audaz que decía, en un libro titulado *El año teatral*, que de los clásicos españoles no se podía leer arriba de dos páginas por clásico? Pues ese joven se ha incomodado mucho, porque le saqué á relucir sus inauditas irreverencias literarias (ó *irrespetuosidades* como él dice), y porque he copiado varios gazapos de *El año teatral* aquí, en *Madrid Cómico*, 29 en el *Heraldo* y 21 en *La Publicidad*, de Barcelona.

¡Pues, hijo, si estamos empezando!

Los artículos lleva escritos defendiendo su *gestión crítica y gramatical*; y si Diógenes demostraba el movimiento andando, nuestro hombre demuestra que no sabe escribir... escribiendo más veces.

En un artículo de *El Nacional*, para defenderse, dice que él mismo confeccionó su libro. Y no quiere decir eso. Porque confecciona un libro el que materialmente trabaja en él, no quien lo escribe. No sabe que en español sólo se confeccionan cosas materiales; el autor de un libro no lo confecciona, á no ser que además lo imprima, encuaderne, etc., etc.

En ese mismo artículo dice:

«Mimo (Repite la definición de la Academia)» y hace que firme esto Pinciano. De modo que Pinciano, que había muerto muchísimos años antes de haber Academia, repite lo que dice la Academia.

En ese mismo artículo sostiene que los galanes del teatro clásico español son invertebrados. Y que invertebrado... quiere decir tonto. Porque el que no tiene columna vertebral... es tonto.

Ya, al ver ciertas cosas que usted escribía, me decía yo: «esto está pensado... con una columna». Y como en sus galanes han puesto muchas veces, nuestros célebres poetas, lo mejor de su talento... resulta que nuestros poetas célebres, v. gr., Calderón, Lope, Tirso, no tenían una vértebra para un remedio. Y como cualquier asno tiene vértebras, resulta que el primer pollino que pase es mejor pensador que Calderón y Lope. Las consecuencias ó se sacan ó no se sacan.

Invocando títulos de antigua amistad, el señor de las vértebras consiguió que el *Heraldo* le publicase un comunicado en que, de los 29 gazapos que en aquel periódico yo le había señalado, se atrevía á rescatar ¡uno solo! ¡Y vaya un rescate!

El señor del *Año* había hablado de una sociedad de negocios privados llamándola *financiera*.

Yo le dije que las cosas *financieras*, aun admitiendo que la palabra no fuese barbarismo, tenían que referirse á la Hacienda pública.

Pues no señor; dice él. *Financier* significa «gros negociant»...

¡Pero, joven! Un negociante, gordo ó flaco, no es un adjetivo, es un sustantivo. Debió usted buscar en el Diccionario francés el adjetivo financiero, que era de lo que se trataba.

Y diga lo que diga el Diccionario, los tratadistas de *finances*, en Francia, de *finanze*, en Italia, y de la ciencia *financiera* en Alemania (*Finanzenwissenschaft*), entienden, por unanimidad, que las *finanzas* esas son las rentas públicas, los bienes del Estado; nada de la economía privada, particular. En este sentido Wagner empieza un gran tratado de Hacienda, empleando 198 páginas en explicar lo que es el Estado y sus relaciones económicas; ese tratado es el de Rau, muy ampliado. Rau y Stein hacen algo semejante. Y Leroy Beaulieu en Francia, y Cossa en Italia, nos dan definiciones que dicen terminantemente que siempre que se habla de *finances*, *finanze*, se trata del patrimonio público.

De modo que va despachado el joven audaz, que de 29 gazapos sólo defiende uno... y de esa manera.

* *

En el comunicado al *Heraldo*, por querer rescatar ese *financiera*, que bien cazado está, suelta esta otra pieza muy graciosa:

«Deseo contestar algo de lo que *Clarín* dice». Pues contestar algo de lo que *Clarín* dice... es decir lo mismo que *Clarín*; es estar conforme con lo que dice *Clarín*.

Para decir lo que usted quería, habría que explicarse así: «Contestar algo á lo que *Clarín* dice». «Contestar algo de lo que dice *Clarín*» es, ó repetir lo que dice *Clarín*, ó conformarse con lo que dice. ¿Quiere usted la prueba? Llame usted á *Fermín*, ese Virgilio de usted. Que traiga el Diccionario de la Academia.

«Contestar.—Responder á lo que se pregunta, se habla ó se escribe.—Declarar uno lo mismo que otros han dicho.—Comprobar ó confirmar.»

¿Lo ve usted? O dice *contestar á*, ó repite lo que yo he dicho, ó lo confirma.

¿No sabe usted gramática, señor? En: *contestar algo de lo que dice Clarín*, *algo de lo que dice*, es acusativo y no necesita el *á*, porque no es de persona; y se puede volver por pasiva. En lo que usted quiso decir: «á lo que dice» no cabe esa vuelta porque se trata de un dativo que pide el *á*. Contestar, en el sentido de responder, pide *á*; sin ella, es confirmarse, confirmar.

Pero, claro; usted despreciará la gramática (la de la Academia, página 276, dice: *Contestar á* la pregunta con el declarante).

Como desprecia usted la retórica, diciendo que es una antigüalla ridícula que tiene la culpa de que sea malo el primer acto de cierta comedia.

Pero ¿para qué quiere gramática ni retórica un hombre que inventa palabras como *persecutora*, *pasional*, etc., etc., y le dice á la literatura clásica española: ¡Sí, *chufra*, *chufal*...

* *

Por haberse omitido en mi artículo la palabra *esos*, el tal crítico se fué á las agencias telegráficas á hacerles llamar la atención en provincias acerca de un artículo que publicaba *El Nacional* «contra *Clarín*».

¡Y gracias que el infeliz no advirtió que donde debía decir *actor* se decía «dictador!» No extrañaba que Julio César fuera autor de comedias.

A lo de los *mimos* ya he contestado en el *Heraldo* y en *El Nacional*.

Los mimitos le van saliendo al muchacho por una friolera.

* *

Por último: quiere que yo diga cómo se llama él. Le escuece que no dé publicidad á su nombre.

¡Si es por caridad!

Créame usted á mí; más le vale que su nombre de usted no aparezca en estos artículos que corren mucha tierra, y después se coleccionan en libros... á que no faltan lectores.

El año teatral, pese á los reclamos de Bremón que le está haciendo á usted el artículo por odio á *Clarín*, puede que se olvide antes que los libros de *Clarín*. Yo soy modesto... pero no tanto que vaya á crearme menos *duradero* que *El año teatral*. Y eso que no aspiro «á una inmortalidad cimentada sobre el dolor», como usted dice hablando de «tres almas muertas... inmortales».

* *

Adiós, *América nostálgica*, *lego nostálgico*, *financiero*, joven *pasional*.

¡Ah! el próximo ojeo, en la *América nostálgica*, si es la *Mostálgica* la del Norte.

En Nueva-York nos veremos.

Pero, sin salir del viejo continente, ¿quiere usted que le diga lo que es usted?

Pues ¡oh joven americano!... un *sinsonte* del reporterismo.

¿Y qué es Bremón? Un vertebrado que sabe más gramática que usted; parda y no parda.

Pero Bremón ahí queda. Al fin, bueno ó malo, tiene un nombre. Y á usted hay que cogerlo cuando pasa. Porque usted, como tantos otros de su género bullanguero... es una efímera. *Seco á la tarde*.

Clarín.

Plutarquillo.

BIOGRAFÍAS DE PERSONAJES CÉLEBRES



TITO.

Dejo la prosa vil para otro día.
Hoy me entrego á la dulce poesía,
y osado me permito
hablar en verso del famoso TITO.
(Un paréntesis hago, que es muy justo.
No hablo de *Tito Livio*, el paduano,
célebre historiador, gloria de *Augusto*.
El Tito que ahora cito
fué el hijo del ilustre *Vespasiano*:
FLAVIO SABINO VESPASIANO TITO,
emperador romano.)
Hechá esta aclaración tan importante,
pasemos adelante.

Según la historia cuenta,
nació mi Tito el año de cuarenta
de la Era cristiana,
católica, apostólica, romana.
Fué de niño travieso y revoltoso,
y no había criado ni niñera
que pudiese con él por lo mimoso
que el tal chiquillo era;
y fué más tarde un mozo calavera,
muy truhán, muy perdido y muy vicioso.



Era listo, eso sí; muy aplicado
y sabía de todo el condenado;
pues si bien se entregaba á los placeres

y estaba rodeado
de músicos é histriones y mujeres,
no por eso el estudio abandonaba.
Esgrimía las armas con denuedo
y, orador muy notable, pronunciaba
cada discurso que cantaba el Credo...

Tuvo una habilidad vituperable.
Manejaba la pluma mi buen Tito
de un modo tan notable,
que no hubo en Roma documento escrito,
ni pliego, ni inscripción, ni firma rara
que él no falsificara.
En ratos de ocio se ocupaba en eso,
no con mala intención ni fin avieso,
sino por pura broma, por capricho.
En fin, que el tal muchacho era el demonio.
Y no lo digo yo, que eso lo ha dicho
un hombre respetable: *Suetonio*.

Estando Vespasiano en el Oriente
tuvo de pronto que volver á Roma,
y le ocurrió la salvadora idea
de colocar á su heredero al frente
del numeroso ejército en Judea.
Va Tito; el mando toma;
Jerusalén sitiada no se doma;
sus hijos, con esfuerzos sobrehumanos,
dicen al sitiador: «¡Nadie se humilla!
»Entrar aquí no es cosa tan sencilla,
»que el vencernos es obra de romanos».



Y Tito respondió: «¡Perfectamente!
»¿Es obra de romanos? Pues ¡corriente!
»¡Obra nuestra ha de ser! ¡Así lo espero!
»¡Romanos! ¡A morir! ¡Y yo el primerol!
Y después de luchar como un valiente,
entró en Jerusalén tranquilamente...
¡Así este mozo terminó una guerra
que era asombro y espanto de la tierra!

Según la historia dice,
vivía en aquel tiempo *Berenice*,
una viuda muy guapa—dicho sea
en verdad y justicia,—
hija de *Agripa*, rey de la Judea,
viuda de *Polemón*, rey de Cilicia.

Ya ves, lector, que *Berenice* hermosa
no era, como mujer, cualquiera cosa.
Era, sí, de muchísimo cuidado.
Tito la amó como á mujer ninguna
y estaba por su viuda tan chiflado
que se gastó con ella una fortuna.

En juérgas y en orgías
se pasaba las noches y los días,
cuando al morir su padre, *Vespasiano*,
se vió Tito en el trance grave y serio
de ir á empuñar las riendas del imperio
contra el gusto y deseo de su hermano,
el cruel y envidioso *Domiciano*.

El pueblo, que sabía
el género de vida que se hacía
el licencioso Tito,
á quien llamaban todos *Neroncito*,
temió que el nuevo emperador iría
á hacer bueno á *Nerón*, y así decía



en unos versos un ilustre vate:
«¡Pueblo de Roma! ¡Viene Tito! ¡Tate!
¡Como nos descuidemos un poquito,
menudo tute va á pegarnos Tito!»

Mas no fué así, que el joven licenciado
cambió de tal manera
que, en vez de ser terrible y orgulloso
como Nerón lo era,
fué dulce y bondadoso,
modelo de virtud—¡quién lo pensara!—
tan sabio, tan prudente,
que consiguió que Roma le llamara:
El Amor y Delicia de la gente.

Berenice ¡infeliz!
creyó llegar á ser emperatriz,
porque su dulce amante apasionado
se lo había jurado;
pero su amante lo pensó mejor
y en cuanto fué nombrado emperador,
llamó á la bella Berenice un día



y le dijo: «Hija mía,
»hasta aquí hemos llegado.
»Yo no puedo vivir como vivía.
»Hoy me debo á mi pueblo y al Estado.
»Es inútil que llores. Vete pronto,
»que si yo como amante he sido un tonto,
»hoy ya es cosa resuelta,
»por fortuna sé bien lo que me pesco.
»Conque abur, hija mía, ¡hasta la vuelta!»
¡Y al Asia la mandó con viento fresco!

Libre ya de cuestiones y belenes,
se dedicó á reinar como hombre honrado,
y hubo ocasión en que entregó sus bienes
para enjugar las deudas del Estado.
Por hacer un favor se desvivía.
Daba ciento por uno.
Y cuéntase que un día, en que no había
hecho favor ninguno,

como al irse á la cama se acordase,
dijo esta hermosa frase:
«¡Cuánto lo siento! Por desgracia mía,
¡hoy he perdido el día!»
Y hay por ahí monarca, que no cito,
á quien aclama multitud absorta,
que nunca pierde un día, como Tito,
¡pierde un semestre! Pero no le importa...

Llovieron sobre Roma, en su reinado
—que tan sólo dos años ha durado,—
cien mil calamidades
en las que Tito, siempre denodado,
prodigó cariñoso sus bondades.
Un incendio voraz en Roma toma
tan atroz incremento,
que la mitad de Roma
se convierte en pavesas al momento...
Una terrible peste, azote insano,
amaga no dejar bicho viviente
en el pueblo romano...
Y del Vesubio entre la lava hirviente
sepúltanse Pompeya y Herculano.



Me parece, lector, que el caso era
para temblar cualquiera.
Mas no por eso á Tito le intimida
tanto dolor. Pues su deber no olvida,
y con ánimo fuerte
pone en peligro su preciosa vida
para salvar á muchos de la muerte.

Perdida la salud, con el deseo
de hallar el dulce bienestar que ansiaba,
se retira á una quinta de recreo.
Mas la fiebre aumentaba,
llegando la terrible calentura
á acusar en diversas accesiones
cuarenta grados de temperatura
y ciento treinta y cinco pulsaciones.



Al olor de la muerte, Domiciano corrió en seguida al lado de su hermano, y dijo al ver á Tito:
 «¡La fiebre te devora! ¡Pobrecito!
 »Los médicos no saben... Yo te curo,
 »pues conozco un remedio que es seguro.
 »Verás cómo te agrada;
 »nada, hermano, te inquiete...»
 Y sin dejarle contestar, le mete en una enorme pila de agua helada. Tito cerró los ojos, no habló nada, ¡y falleció en estado de sorbete!

De este modo el infame Domiciano consumó su delito,
 ¡y así murió el emperador romano
 FLAVIO SABINO VESPASIANO TITO!

Vital Oza.

UN FILÁNTRÓPO



—¡Que no protegemos á las clases desheredadas! Pues ¿quién mantiene á la Encarnación, y á su madre, y á toda la familia? Si no fuera por mí, ¿dejarían de tener que dedicarse todos á coser para fuera?

Datos alarmantes.

(DIÁLOGO CON UNA CHISMOSA)

—Esté usted alerta, Juan, con su señora (me dijo con misterio doña Juana).
 ¿Sabe usted lo que he visto esta mañana?
 Va usted á saberlo ahora.
 ¿Nadie nos oye?

—No, porque hasta el gato, que pudiera escucharla su relato, está el pobre metido en un rincón, sufriendo la impresión de una acción despiadada que le ha hecho el aguador de madrugada.
 —Quizá hago mal, pero mi lengua tiene que contárselo á usted. Y se lo digo porque á usted le conviene saberlo todo, mi querido amigo.

—Dígalo sin demora.
 —Verá usted. Las diez eran cuando Aurora, con un lindo sombrero en la cabeza, marchaba por la calle de Hortaleza, y durante el trayecto...

—¿Qué?

—¡Ha llevado

un hombre á cada lado y otro detrás!

—Me tiene usted en un potro.

—De los tres era rubio el más pequeño, boticario era el otro y el otro era extremeño.

—¿Conque tres? ¡Qué abundantes!
 ¡Si estuviera ella aquí, la estrangulaba!
 ¿Y qué más?

—Que cuando ella se paraba, se paraban los tres acompañantes.

—¿Y ella no hacía caso de ninguno?

—No, señor; como no los conocía gastó pocas palabras.

—¿Qué decía?

—«No se escurra usted, joven», dijo al uno. A veces, «Esto marcha», repetía.

—¿Y aguantando á los tres todo el camino fué sin pedir auxilio? ¡Qué tupé!

—¡Claro está! ¡Pues valiente desatino hubiera hecho al pedirlo! ¿Para qué, si eran los tres sujetos mencionados viajeros comprimidos, pero honrados?

—¿Viajeros? ¡No me cabe en la cabeza! Pero ¿es que no iba á pie la esposa mía?

—No, señor, ¡qué simpleza!

Iba en la plataforma del tranvía que sube á Chamberí por Hortaleza.

Juan Pérez Zúñiga.

Menudencias.

Al doscientos por ciento presta sus capitales don Andrés.
 ¡No me diréis que el cuento tiene poco interés!...

Quítale tela al decoro, empléala en decorado, ¡y ya verás cómo aplauden tus obras en los teatros!

No jures que me amarás con pasión eternamente: con dos días nada más tengo yo lo suficiente.

Le diste de beber á un concejal, y se guardó la jarra. ¡Es natural!

ENRIQUE NUBIAL.

Para disculpar la suma de tus constantes errores, dices que haces tus labores siempre «al correr de la pluma». Y debes modificar esa frase, á mi entender, tú no escribes «al correr...» escribes «al galopar».

LINO GERMÁN.

Miniatura.

Creuyendo que era fácil la conquista, un atrevido remitió á Dolores una carta de amor... con la florista, y ésta puso el veneno entre las flores.

Pero el marido, el amo, la sorprendió al entrar, la quitó el ramo y al leer con la rabia de una fiera la epístola traidora, cogió á la portadora, abrió el balcón y la estrelló en la acera.

El tribunal, probado el homicidio, le condenó á diez años de presidio.

Y hay que pensar en ello. Si el esposo, en vez de haber matado á la imprudente que iba á turbar su dicha y su reposo robándole el honor traidoramente, hubiera dado muerte á algún ratero... le absolvieran los jueces en la vista. ¡Luego se tasa en menos que el dinero lo que quiso quitarle la florista!

Sinciso Delgado.

La epidemia reinante.



—Oiga usted, prenda: ¿está usted vacunada?
 —Y ¿á usted que le importa?
 —Es que la advierto á usted que *anda* mucha viruela por ahí.
 —¿Y qué?
 —¡Toma! pues que... se debía usted venir conmigo.

CHISMES Y CUENTOS.

El empréstito *chico* ha sido recibido «hasta con entusiasmo» por la banca española.

Es decir que el Gobierno podrá disponer de cuatrocientos millones de pesetas cuando se le antoje.

Con esos cuatrocientos millones parece que podríamos salir de apuros y continuar ambas guerras con relativo desahogo, ¿verdad?

Pues no señor, porque ya verán ustedes lo que duran.

Por de pronto, ya han empezado los señores ministros á distribuir y llevan gastados antes de recibirlos cerca de ciento cincuenta millones.

Cincuenta para el Banco, para pago de no sé qué cosas, cincuenta y tres para atenciones urgentes de la Marina (Ansaldo, etc., etc.), veinte para la Compañía Trasatlántica por haber hecho el sacrificio de llevar soldados á Cuba con grandes bombos de la prensa, doce para subvenciones á las Compañías de ferrocarriles...

Total, dentro de un mes, ¡ni las raspa!

Por cierto que eso de las subvenciones *ferroviarias* no he acabado yo de entenderlo.

Supongo que se tratará de algunas líneas en construcción que, como se ve, necesitan el auxilio del Estado en cantidades crecidas, y aprovechan para pedírselas la ocasión más oportuna...

Toda la Nación se sacrifica, menos los señores que andan en eso de los ferrocarriles hechos y por hacer.

¡Se conoce que son ellos mucho más importantes que la integridad de la patria!

¿Recuerdan ustedes ¡si lo recordarán! aquella tremenda algarada que se armó contra los concejales?

El ciudadano más pacífico lo menos que pretendía era comérselos en salsa verde, se hizo una imponente manifestación protestando contra las inmoralidades del Ayuntamiento y los periódicos hicieron muy bonitos artículos para demostrar que por fin el pueblo había despertado y que aquello no iba á quedar así.

Pues bien, ha quedado así.

Porque ha empezado ya á decretarse el sobreesimiento libre, y los tribunales de la Nación, después de un estudio concienzudo y sosegado, sobrepone á los clamores de la multitud *ignora* desde las serenas regiones de la justicia, han declarado que aquello era calumnia vil, que no valía la pena y que hemos vivido hasta ahora, sin saberlo, en el mejor de los mundos posibles...

Y á propósito: ya habrán ustedes visto que el Tribunal Supremo, cuyos fallos son indiscutibles, se pasa á veces de bueno y candoroso.

¡Pues no se han atrevido algunos periódicos á insinuar que eso del sobreesimiento obedece á *altas* influencias y recomendaciones poderosas!

¿Pueden tolerarse suposiciones tan malévolas?

Eso no ha debido acabar de una manera tan sencilla y plácida.

Ha debido acabar encarcelando á unos cuantos periodistas, haciéndolos responsables, si venía á mano, de las contratas onerosas para el municipio, de los adoquines pagados á peso de oro y de todos los chanchullos é irregularidades denunciados á su debido tiempo por el marqués de Cabriñana.

De ese modo se podía dar, de paso, una satisfacción á la opinión pública, que buena falta le hace.

Y ahora se ve claramente que el Gobierno estaba en lo firme al oponerse por todos los medios que estaban á su alcance á que el citado marqués de Cabriñana tomara asiento en el Congreso.

Puesto que todos los concejales eran inocentes, y así *constaba* en la conciencia de todos, ¿para qué dejar al buen señor que alborotara *urbi et orbe*, si estaba visto que no tenía razón?

¿Qué se iba á conseguir con eso?

Dar disgustos y hacer pasar malas noches á unas cuantas palomitas ingenuas.

¡En buen compromiso han puesto los corresponsales al general Arolas! ¡Como que le han hecho decir lo siguiente!

«El paso de la trocha por los rebeldes lo consideraríamos mis soldados y yo como una ofensa hecha en nuestra presencia á nuestras madres.»

Porque figúrense ustedes que, lo que Dios no quiera, los insurrectos

cruzan por una casualidad la trocha... ¿Qué tiene que hacer el general Arolas entonces?

¡Fusilar á los corresponsales inmediatamente!

Libros:

Curro López, juguete cómico en un acto, en prosa y verso, original de nuestro compañero Jackson Veyán, y estrenado recientemente en el Teatro Lara, donde con gran aplauso sigue representándose.

Ideas educativas, por el profesor normal D. Rafael Castilla y Moreno, profesor especial de sordo-mudos y de ciegos. Interesante librito de 112 páginas. Precio: 1 peseta.

Consuelo, novela del reputado é infatigable publicista D. Eduardo Zamacois, en que campean el interés palpitante y la amenidad del estilo. Precio: 3 pesetas.

Palique, composición musical para piano, por el profesor D. F. de la Viña, dedicada á nuestro compañero *Clarín*. Precio: 2,50 pesetas.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Parejo.—Comprenda usted que para la tumba de una madre no deben escribirse cosas en el MADRID CÓMICO.

Sr. D. M. S.—No puedo aprovechar nada. Se agradece el ofrecimiento, pero ¡figúrese usted! Si Dios nos da salud y suerte, ¡nos tocará ir á Zamora á fines de 1900!

Séneca.—¿Ha obtenido usted, así con *b*, por darme á mí la broma? Pues... muchas gracias. Pero mejor hubiera estado en *La Ilustración*, ¿no le parece á usted?

Plohermen.—No está mal, pero es candoroso y no dice nada nuevo absolutamente.

Sr. D. R. M.—Vulgar el asunto. Se ha explotado eso mismo en muchas ocasiones y en variedad de metros.

Fray Cualquiera.—No puedo aprovechar ninguna, con harto dolor de mi ánima.

Tudelano 2.º.—El primer epigrama, por lo menos la idea, es sobrado conocido. El cantar no vale la pena.

Elegé.—Demasiado incorrecta la forma. Hay que huir de los versos duros como de los incendiarios de la manigua.

Antolín.—Hubo un tiempo ¡tiempo feliz! en que esos desengaños de los sueños se consideraban humorismo de buena cepa. Pero no lo eran, ¡ay!

Sr. D. M. I.—Verán la luz pública, Dios mediante, algunas de esas menudencias.

Un soñador.—Lo haría con mucho gusto, pero ¿cómo, si no recuerdo la composición ni sé dónde para?

Rana.—Los dos epigramitas parecen dos guindillas materialmente. Y bueno que sean picantes, ¡pero no tanto!

Vanquío.—Tampoco están mal, pero tampoco tienen saliente de ningún género. Y tanto da pecar por carta de más como por naípe de menos.

Sr. D. C. de la C.—La sátira contra la dama que le deja á uno por un millonario es muy antigua. El final no se entiende. «Si fuera tu mujer», ¿mujer de quién? ¿De Carmen? ¡Parece imposible!

René.—Copiaré un pedazo:

«Á WEYLER

¡O! tigre sanguinario
en quien la patria descansa
fiando en tu fuerte lanza
en estos momentos tristes y precarios.
Á los bárbaros insurrectos
no los temo
puesto que todos sabemos
que tú los has de matar....»

Amén, Jesús. Descanse usted en la fuerte lanza del tigre sanguinario... ¡pero sin dedicarle coplas!

Sr. D. R. M.—Algunos epigramas de esos ya están aprovechados, otros son demasiado fuertes y otros se quedan cortos. ¡No hay modo de dar en el clavo!

Juan José.—Bueno y santo es dedicar sonetos á la patria, pero... es preciso que tengan catorce versos endecasílabos para que sean sonetos efectivamente.

Un jipirófilo.—Lo malo no es lo que usted señala. Lo malo es que hay algunos versos largos, como los que dicen:

«la vi por vez primera y en redor mío
sentí templarse del tiempo los calores.»

¿He dicho algunos? Pues me equivoqué; hay muchísimos.

Sr. D. M. B.—Cuando la he recibido, había pasado la oportunidad.

Un poetastro.—Confunde usted lastimosamente los asonantes con los consonantes, y eso... no puede pasar, ¡qué demonio!

Similiquitronchibipi.—Allá va eso:

«Tengo en mi casa un gato
que hace miau, miau,
y un perrito que hace
guau, guau, guau...»

¡Hombre! ¡qué casualidad! ¡qué suerte tiene usted!

NOTA. Advierto á los que me honran remitiendo composiciones que en los dos números siguientes no habrá *Correspondencia particular*, porque ¡ay de mí! estaré recorriendo las provincias de Alicante y Almería.

LOS MADRILES

Con este título acaba de publicar López Silva un nuevo libro. Del éxito que le espera *responderán por mí* las copiosas ediciones de *Migajas* y de *Los barrios bajos*, agotadas en poco tiempo.

Las composiciones reunidas en este tomo acabarán de consolidar la fama de que goza nuestro compañero.

Ainda mais, Picón ha hecho un prólogo que es una verdadera obra maestra y D. F. Mas ha pintado para la portada una acuarela lindísima.

Ha editado el libro la casa de Fernando Fe, á la cual deben dirigirse los pedidos.

Cuesta cada ejemplar:

3,50 pesetas.

Y no tengo más que decir. Con eso les basta á ustedes.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
—
TAPIOCA—TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

Málaga.—Manzanares.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PENINSULAR, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Ribadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º